

divino. Negar su doctrina, es destruir toda fe; desechar sus preceptos, aniquilar toda virtud. El es la *ley de vida, dada en herencia* á los hijos de Adán¹; y fuera de esta ley no hay vida, porque fuera de ella no se pertenece á aquél que es la *vida y la verdad*², al *Deseado de las naciones*³, al Salvador esperado tan largo tiempo por todo el género humano.

Pero la divinidad de la Religion cristiana puede ser aun reconocida por otras señales no menos brillantes. Las *Profecías*, los *Milagros*, el *Carácter de su Fundador*, las *Virtudes* que ha producido, los *Beneficios* que ha derramado, son otras tantas pruebas de su origen celestial y divino. Las expondremos sucesivamente; pero antes es necesario hablar de la *Santa Escritura*, donde están consignados la mayor parte de los hechos de que tenemos que ocuparnos.

CAPÍTULO VIII.

De la Sagrada Escritura.

Los monumentos sagrados de los cristianos contienen la historia primitiva del hombre y del mundo que habita, la del pueblo judío, sus leyes, las profecías, cuyo depósito le habia sido confiado, la vida de Jesucristo, su doctrina recogida por los Apóstoles, y por último la historia profética de la sociedad que ha establecido. De estas dos partes, llamadas el *Antiguo y Nuevo Testamento*, se compone la Sagrada Escritura; libro maravilloso, que comprendiendo toda la historia de los tiempos, principia y acaba en la eternidad.

No existe ni se halla en nacion alguna monumento comparable en antigüedad con el Pentatéuco, escrito por

¹ Addidit illis disciplinam, et *legem vite* hæreditavit illos. *Eclesiast.* xiii, 9. — ² *Joan.* xiv, 6.

³ Et veniet Desideratus cunctis gentibus. *Agg.* ii, 8.

Moisés cerca de quince siglos antes de Jesucristo. La historia cierta de la Grecia no sube mas allá de la primera Olimpiada¹. Herodoto vivia en tiempo de Artajerjes. Las obras de Sanchoniaton², de Manethon, de Megastenes, de quienes nos quedan algunos fragmentos, casi no pueden ser mas antiguas. Y aun algunos sabios presumen que no son anteriores al reinado de Ptolomeo Philadelfo³. Beroso escribia en los tiempos de Alejandro. Está igualmente reconocido que los libros de los Persas, de los Indios y de los Chinos pertenecen á una época mucho mas reciente que el Legislador de los Judíos.

A él es á quien debe el género humano los únicos Anales que le instruyen de su origen, y de todos los hechos sobre que reposa el orden entero de sus obligaciones, de sus esperanzas, de su destino, de su fin. Hasta entonces la memoria se habia conservado únicamente por la tradicion; pero cuando la vida de los hombres se abrevió, y los pueblos se multiplicaron, Dios quiso que esta tradicion se fijase por escrito, así como los numerosos pormenores de la Ley que daba á los hijos de Jacob, y las profecías que debian servir de prueba perpetua á Jesucristo.

Sin embargo, no todo fué escrito, como observa Maimonides, y la razon que da de ello es notable. « Fué, dice, » una gran prudencia, y un medio de prevenir los inconvenientes en que se ha caido en lo sucesivo; es decir, la diversidad de opiniones, las perplexidades y aun las dudas que excita ordinariamente la palabra escrita, y consignada en un libro; de aquí provienen las disensiones, las controversias, los cismas, las sectas, y una espantosa confusion. Pero en otro tiempo todo se terminaba por las decisiones del gran Sanhedrin⁴, co-

¹ Año 775 antes de Jesucristo. Véase á Julio Africano, *apud Euseb. Præparat. Evang.* lib. 10, cap. 10.

² Algunos creen que Sanchoniaton vivia pocos siglos despues de Moisés; pero no hay prueba alguna cierta de ello.

³ Doscientos cuarenta y dos años antes de la era cristiana.

⁴ La autoridad de esta corporacion era superior á la del Rey, segun el mismo Maimonides. « El Rey, dice Rabbi David Ganz, era señor absoluto en todo lo que tocaba á la guerra y al ejército; pero lo que decia relacion á la ley, y á la administracion interior del

» mo lo he manifestado en mis *Comentarios sobre el Tal-*
» *mud*, y como la misma Ley da testimonio de ello ¹. »

Es cierto, y la experiencia lo acredita todos los días, que la Biblia ó el cuerpo de nuestros Libros santos hubiera sido un don funesto para el hombre si hubiese quedado su interpretacion al arbitrio de cada uno. En vano habria Dios hablado, se hubiera disputado eternamente sobre su palabra, sin poder asegurarse jamás de su verdadero sentido ². Así es que la promulgacion de los dos Testamentos coincide, así en el pueblo Judío, como en el pueblo Cristiano, con el establecimiento de una autoridad soberana, investida, y ella sola, del derecho de interpretar el Texto sagrado, y depositaria principal de la tradicion que le explica. Desde que esta autoridad se extinguió entre los Judíos, les es tan imposible concordarse sobre el sentido de la Escritura ³, como á los Protestantes, que

» Estado, pertenecia al Sanhedrin, cuyo jefe (despues de David) era siempre de su familia. » V. *Carta del Ab***. al Ab. Houtteville*, cart. 13, pag. 262, Paris, 1722.

1 Atque hæc fuit summa sapientia circa legem nostram, qua fugiebantur, et vitabantur illa, in quæ sequentibus temporibus incidit; varietates nempe, et perplexitas sententiarum ac opinionum, dubia item, quæ oriri solent ex sermone scripto, et in librum relato, ... ex quibus postea oriuntur inter homines dissensiones, controversiæ, schismata, et sectæ; in negotiis et commerciis magna confusio. Sed tùm negotium omne erat penès Synedrium magnum, sicut exposuimus in Commentariis nostris Talmudicis, et sicut de eo lex ipsa testatur. *More-Nevochim*, part. 1, cap. 71, p. 132, édit. Basil. 1629.

2 Si se supone que no hay un intérprete infalible de la Santa Escritura, Rousseau hubiera tenido razon en decir, que: « Los libros son origen de disputas interminables; el lenguaje humano no es bastante claro. Dios mismo si se dignara hablarnos en nuevas tras lenguas, nada nos diria sobre lo que no se pudiese disputar. » *Lettr. à M. de Baumont*, p. 75. En el Cristianismo *completo* esta objecion es nula; ¿pero cómo la resolverán los protestantes? Ellos quieren que Dios haya hablado, y no quieren que se pueda saber con certeza lo que Dios ha dicho. Un día llegará, y no está lejós, en que apenas se podrá creer que se haya admitido y sostenido semejante contradiccion.

3 Los judíos modernos han abandonado casi todas las explicaciones que los antiguos rabinos daban de las profecias. No sabiendo ya á que atenerse, « remiten á Elías, dice Herbelot, los puntos mas

rehusan reconocer en la sociedad cristiana la existencia de una autoridad semejante; á pesar de que la Escritura misma les advirtiese *que esto es lo primero que deben entender* ¹.

Los preceptos de la Religion primitiva eran conocidos, y se trasmitian por la tradicion, antes de estar grabados en las tablas de la Ley; y la doctrina cristiana estaba esparcida ya en una gran parte del Imperio romano cuando se escribió el Evangelio. La palabra y no la Escritura es la que conquistó el mundo á Jesucristo.

« Si los Apóstoles, decia San Ireneo hácia la mitad » del siglo II, no nos hubiesen dejado las Escrituras, ¿no » hubiera sido necesario seguir el órden de la tradicion » que depositaron en las manos de aquellos á quienes » confiaron las Iglesias? Muchas naciones bárbaras, que » han recibido la fe en Jesucristo, han seguido este órden, conservando, sin caractéres ni finta, las verdades de salud escritas en sus corazones por el Espiritu Santo, guardando con cuidado la antigua tradicion, y » creyendo par Jesucristo, hijo de Dios, en un solo Dios » Criador del cielo y de la tierra, y de todo cuanto hay » en él.... Estos hombres, que han abrazado esta fe sin » ninguna Escritura, son bárbaros por lo que hace á » nuestro lenguaje; pero en cuanto á la doctrina, á los » usos y á las costumbres, en lo que toca á la fe, son » perfectamente sabios y agradables á Dios, viviendo en » toda justicia, castidad y sabiduría. Si alguno, hablando en su lengua natural, les propusiese los dogmas

» difíciles de la Escritura, que no puede resolver. » *Biblioth. orient.* art. *Mohammed Aboulcassem*, tom. 4, pag. 251.

1 Hoc primum intelligentes, quod omnis prophetia Scripturæ propria interpretatione non fit. S. Petr. *Epist. II*, 1, 20. Es cosa curiosa oír al enemigo mas encarnizado del Cristianismo hablar sobre este punto el mismo lenguaje que San Pedro, « Si no hubiese » habido en el mundo cristiano, dice Voltaire, una autoridad que » fijase el sentido de la Escritura, y de los dogmas de la Religion, » habrian existido tantas sectas como hombres que supiesen leer. » *Essai sur l'hist. génér., et sur l'esprit et les mœurs des nations*, tom. III, chap. 109, p. 108, édit. de 1765. Siguese de aquí qué las *Sociedades bíblicas* protestantes, tan multiplicadas en el día, tiran á hacer *tantas sectas como hombres hay que saben leer*.

» inventados por los herejes, al punto se taparian los
 » oídos, y huirían lejos de allí, no pudiendo resolverse
 » ni á escuchar siquiera un discurso lleno de blasfemias.
 » De este modo, estando sostenidos por esta antigua tra-
 » dición de los Apóstoles, no pueden admitir, ni aun en
 » su simple pensamiento, la menor imagen de estos
 » monstruosos errores¹. »

« Por estas palabras de un tan gran Doctor de la
 » Iglesia, casi contemporáneo de los Apóstoles, se ve,
 » como observa Fenelon², que en su tiempo habia entre
 » los pueblos bárbaros innumerables fieles, muy espiri-
 » tuales y perfectos, y como dice San Pablo, *ricos en to-
 » da palabra y en toda ciencia*, aunque no hubiesen leído
 » jamás los Libros santos..... A estos innumerables fieles
 » les bastaba la tradición para formar su fe y sus cos-
 » tumbres del modo mas perfecto y mas sublime. La
 » Iglesia que nos da las Escrituras, les daba á ellos sin
 » Escrituras, por la viva voz, todas y las mismas ins-
 » trucciones que nosotros bebemos en el Texto sagra-
 » do.....; y lo que San Ireneo nos dice de los fieles de su
 » tiempo, nos lo repite tambien San Agustin de los Soli-
 » tarios del suyo³. »

Sin embargo, entraba en los designios de la Suprema Sabiduría, que la Religión tuviese sus anales, y el género humano los títulos de su fe, de sus esperanzas y de sus deberes. Era necesario que en medio de tantos monumentos de la ignorancia, de la incertidumbre y del error, la verdad inmortal tuviese tambien el suyo; y que á esa innumerable multitud de libros, llenos todos de los pensamientos del hombre, se opusiese un Libro que contuviese el pensamiento de Dios.

La utilidad de la Sagrada Escritura es por otra parte evidéntísima⁴. Así como la tradición sirve para deter-

¹ S. Iræn. lib. 3, *contr. Hæres.* cap. 4, n. 1 y 2, pag. 178, édit. Massuet.

² *Lettre sur l'Écrit. Sainte*, Œuvres, tom. III, p. 385 y 386, édit. de Versailles.

³ S. August. *de Doctrin. Christ.* l. 1, c. 39, n. 43, t. III.

⁴ Omnis Scriptura divinitus inspirata, utilis est ad docendum, ad arguendum, ad corripiendum, ad erudiendum in justitia; ut

minar el verdadero sentido, ella sirve para probar la antigüedad de la tradición; corrobora su autoridad, muestra que la Religión, sus dogmas y mandamientos son irrevocables; contribuye á fijar el lenguaje de la fe, y por consiguiente la fe misma. Sin ella muchas circunstancias de sucesos los mas á propósito para mover el corazón é ilustrar el entendimiento, serian ignoradas, ó al menos poco conocidas. ¡Y cuántas verdades sublimes, tambien ocultas en este Libro divino bajo las expresiones mas sencillas, se manifiestan sucesivamente para la instrucción del hombre y de la sociedad! En fin, en los últimos tiempos, cuando el hombre de pecado vendrá, según está predicho, á perseguir á Cristo y probar á sus discípulos, y asombrarlos con prodigios tales, que, si fuera posible, seducirían á los mismos escogidos¹, estos hallarán en ella los auxilios necesarios.

Lo que decimos supone que la Escritura es *auténtica* y es *verdadera*, y que ha sido *inspirada* por Dios. En efecto así lo han probado los apologistas del Cristianismo en un gran número de obras, á que sus enemigos no han podido contestar². Sus doctos trabajos nos dispensan de extendernos sobre este asunto. No hay un argumento, uno solo que no hayan disuelto, un solo punto de crítica que no hayan ilustrado con tanta sagacidad como erudición. Nuestro plan no nos permite entrar en estos pormenores, de que no tenemos tampoco necesidad para establecer de un modo ineluctable la autenticidad, la verdad y la inspiración de nuestros Libros santos.

Un libro es *auténtico* cuando el texto no está alterado, ó cuando él ha sido realmente escrito por el autor, á quien se le atribuye. Es evidente que no podemos asegurarnos de un hecho de esta clase sino por el testimonio. Todo pues se reduce á saber si hay testimonios suficientes para que se pueda afirmar con certeza que los

perfectus sit homo Dei, ad omne opus bonum instructus. *Ep. II ad Timoth.* iii, 16, 17.

¹ Surgent enim pseudochristi, et pseudoprophætæ, et dabunt signa magna, et prodigia, ita ut in errorem inducantur, si fieri potest, etiam electi. *Matth.* xxiv, 24.

² Véase á Bossuet, Pascal, Huet, Bergier, Duvoisin, Fabricy, Jaquelot, Stillingfleet, Faber, Paley, etc.

libros de Moisés y de los Profetas, los Evangelios, los Hechos de los Apóstoles, las Epístolas de estos y el Apocalipsis, pertenecen á los autores cuyo nombre llevan.

Que esto se haya contestado, se comprende; porque el hombre es libre para negarlo todo; pero nos parece imposible que se haya dudado de ello seriamente. ¿Quién ha dudado que las Filípicas sean de Demóstenes? ¿ni el Tratado de *Officiis* de Ciceron? ¿Y qué otra prueba tenemos de ello, sino una tradicion que sube hasta los tiempos en que vivian estos dos Escritores? Pues una tradicion no menos constante, y mucho mas general, atestigua la autenticidad de la Escritura. No son solamente algunos testimonios esparcidos y consignados en un pequeño número de libros los que se alegan en su favor; es el testimonio perpetuo de las sociedades de las Iglesias Judía y Cristiana. Dos grandes Pueblos levantan la voz para deponer sobre estos hechos públicos, de los cuales depende su existencia como pueblo; hechos por consiguiente tan ciertos como su existencia misma. ¿Se dirá que por el espacio de tres mil años los Judíos no han conocido su historia, ni sus leyes, ni el autor de estas leyes? No seria menor insensatez decir que no habia habido judíos. Si Moisés no es su legislador, si el Pentatéuco no ha sido compuesto por él, ó si este libro ha sufrido alteraciones esenciales, es preciso necesariamente suponer una época en que la Nacion Judía olvidase súbitamente á quien debe sus instituciones, y cuales son estas instituciones, lo que ella es y lo que ha sido, sus usos religiosos y civiles, sus costumbres, sus hábitos; es necesario suponer que esta nacion perdiendo repentinamente su memoria, sus ideas, su vida moral, caiga toda entera, y en un mismo momento, en un idiotismo absoluto. Y para que nada falte al absurdo de semejante hipótesis, es necesario suponer tambien que esta misma nacion que no habria podido subsistir ocho dias en este estado inferior á la demencia, recobre tan prontamente como los habia perdido, los sentidos y la memoria para vivir bajo nuevas leyes que cree antiguas, y para conservar eternamente una veneracion profunda, á una tradicion falsa que cree verdadera. Desafiamos á que se ataque la autenticidad del Pentatéuco, sin verse

obligado á sostener estas prodigiosas extravagancias; y si espantados de este exceso de locura se confiesa que el Pentatéuco es auténtico, es preciso extender esta concesion y confesion á todos los libros del Antiguo Testamento, que no forman con el Pentatéuco mas que un solo cuerpo indisoluble de historia, de leyes y de doctrina.

La autenticidad de los Evangelios, de las Actas de los Apóstoles, de las Epístolas canónicas y de la Revelacion de San Juan, no reposa sobre bases menos firmes. Estos títulos sagrados de nuestra fe han inspirado desde un principio el mismo respeto á los cristianos; y jamás ha variado la tradicion sobre sus autores. Por consiguiente no se puede racionalmente poner en duda la verdad de esta tradicion. ¿Cómo hubiera sido posible, viviendo San Pedro, San Pablo, San Juan, San Mateo, etc. persuadir á los fieles que unos escritos atribuidos falsamente á estos Apóstoles, eran verdaderamente suyos? ¿Ellos mismos no habrian reclamado contra esta impostura? ¿Cómo las iglesias de Roma, de Corinto, de Éfeso y otras muchas se habrian imaginado que habian recibido cartas de San Pablo, que San Pablo no les habia escrito? ¿Cómo hubieran creído poseer los originales? ¿Cómo estas cartas serian citadas como auténticas por San Pedro ¹? Ó si las Epístolas de San Pedro son igualmente inventadas, ¿cómo es que ni él, ni San Pablo, ni ninguno de sus Discípulos han negado estas falsas producciones, cuya existencia no podian ignorar?

Aunque ellas estén alegadas por los Padres mas antiguos, se quiere no obstante que no hayan parecido hasta despues de la muerte de los Apóstoles: mas entonces el absurdo no seria menor, seria mas grande: porque casi toda la sociedad cristiana, ya muy extendida en esta época, deberia necesariamente haber sido cómplice de la impostura ²; y no podia ser engañada sobre un hecho

¹ Domini nostri longanimitatem, salutem arbitremini: *sicut et charissimus frater noster Paulus secundum datam sibi sapientiam scripsit vobis. Sicut et in omnibus Epistolis, loquens in eis de his: in quibus sunt quædam difficilia intellectu, quæ indocti et instabiles depravant, sicut et cæteras Scripturas, ad suam ipsorum perditionem. Ep. 11. Petr. III, 16.*

² Se ve al contrario á toda la Iglesia desechar con indignacion las obras fabricadas por los herejes, y publicadas con nombres fingidos,

de esta naturaleza. Los pastores establecidos por los apóstoles, ó los que les habian sucedido, despues de haber conversado y vivido largo tiempo con ellos; los fieles tan zelosos de instruirse en todo lo que interesaba á la Religion que acababan de abrazar, ¿hubieran podido creer que existian escritos de estos mismos Apóstoles, escritos que todos los cristianos habian ignorado hasta entonces, aunque hubiesen sido dirigidos, á lo menos algunos de ellos, á las mas célebres Iglesias? El fraude hubiera sido claro y manifiesto: habria pues sido necesario que los Pastores se hubiesen reunido para apoyarlo; ¡y esto puntualmente al tiempo mismo que hacian profesion de un horror profundo á toda especie de fraude! ¡en el mismo tiempo que sacrificaban con alegría sus bienes, sus vidas, antes que hacer traicion á la verdad, ni aun disimularla!

¿Y de dónde hubiera venido entre ellos esta concordia ó convenio universal para autorizar la mentira? ¿Por qué motivo, contra los principios de su Religion y violando sus mas formales preceptos, habrian favorecido la suposicion de ciertos libros puramente profanos, ó sufrido que una mano sacrilega alterase los que habia inspirado el Espíritu Santo? Verosimilmente los primeros cristianos creian el Cristianismo y lo conocian. No morian en los tormentos por una fe simulada ó desnuda de un objeto fijo y determinado. Luego el Nuevo Testamento contiene la historia de Jesucristo tal como la contaban los Apóstoles, y su doctrina segun que ellos la enseñaban; y entonces su autenticidad es cierta: ó si se pretende que ésta historia y esta doctrina están alteradas, es necesario suponer que los cristianos, al mismo tiempo que corrian al martirio para dar testimonio de una y otra se concertaban en toda la extension del imperio romano, bajo el cuchillo de los perseguidores, para viciar esta misma historia, y destruir esta misma doctrina, esparciendo y autorizando escritos apócrifos en la parte en que los impostores la habian corrompido.

igualmente que las historias piadosas, pero no autorizadas, á las cuales se daban el nombre de Evangelios. Fabricio numera hasta cincuenta Evangelios de estos. Por lo demás, antes de Clemente Alejandrino; muerto el 215, no hay indicio ni vestigio alguno cierto de ningun Evangelio apócrifo.

No sé si se encontrarán hombres que consientan en declarar que estas extrañas contradicciones, diremos mejor, estas imposibilidades manifiestas, no chocan ni repugnan de tal manera á su razon, que esté mas pronta á admitirlas, que á reconocer la autenticidad de nuestros Libros santos. Pudiera ser; mas con todo, en este hecho tendríamos lo suficiente, no para nuestros deseos, pero sí para la causa que defendemos. Reducirse voluntariamente á tales extremos, es confesarse vencido. La verdad tiene, sí, mas gratos y lisonjeros triunfos, pero mayores no. El espíritu soberbio que la aborrece, huye delante de ella hasta donde puede ir; como el salvaje, huyendo delante de la civilizacion, se aproxima poco á poco á aquellas regiones, donde apenas brilla un resto de luz, y en donde no se percibe viviente alguno.

Pero en fin; para establecer la *autenticidad* de la Escritura, nada nos obliga á hacer ver los absurdos monstruosos á que se deja llevar el hombre cuando se atreve á ponerla en duda. Olvidemos por un momento estas consecuencias absurdas; supongamos que se llega á imaginar un encadenamiento, una serie de circunstancias posibles, por las cuales se explicase, como la Escritura, creída auténtica, podria no obstante no serlo efectivamente: ¿qué resultaria de aquí? Nada absolutamente, á menos que no se demostrase que realmente habian existido estas circunstancias ¹. Sin esto no habria ya verdad

¹ Es decir, á menos que no se hiciese una nueva Historia *cierta* del pueblo Judío y de Jesucristo, con documentos y materiales, que en ninguna parte existen. Moisés es anterior mil y cien años á Herodoto, el mas antiguo historiador Griego: éste era contemporáneo de Esdras, que es el que reunió los Libros Canónicos, y los hizo copiar en caracteres caldaicos, de vuelta de la cautividad. Tenemos una prueba material, y sin réplica del respeto escrupuloso con que conservó la integridad del Texto Sagrado. Los Samaritanos, separados de los judíos por un cisma, que dura aun, conservaron sus antiguos ejemplares de la Ley. No pudieron entenderse con los judíos, á quienes aborrecian, y de quienes eran aborrecidos de muerte, para alterarlo. Ahora bien, el Pentatéuco Samaritano, escrito en los caracteres, que eran los mismos de que se servia en un principio el pueblo judío, existe aun: está impreso en las Polyglottas de Le-Jay y de Walton; y si se exceptúan algunas ligerísimas diferencias, las cuales casi todas proceden de la facilidad con que los copistas han

histórica, ni sociedad, ni familia; porque en tal suposición es como si á un hombre que goza pacíficamente del nombre y herencia de sus abuelos, se le dijese: « Tú pretendes descender de tal y tal persona, de tal antepasado; esa es la tradición de tu familia, confirmada por los títulos en que está descripta vuestra filiación con mucha claridad y exactitud patente. Sin embargo, yo niego esta filiación; sostengo que la tradición que la atestigua es falsa, y que los títulos que la establecen son supuestos ó están alterados. »

¿Qué se respondería en todo el mundo al autor de un discurso semejante? Sin duda teneis, se le diría, pruebas incontestables de lo que asegurais con tanta confianza contra la notoriedad pública. ¿Qué pruebas son esas? mostrádnoslas.

« Pruebas directas, replicaría, yo no puedo dar. Pero si quereis considerar ciertas circunstancias que me he imaginado, y que son todas posibles, aunque nada pruebe su realidad, comprendereis perfectamente que en mi hipótesis los títulos que niego, podrían ser falsos y la tradición que no quiero admitir, podría ser un error ó una impostura. »

¿Pensais que despues de oír esta respuesta, ninguna persona racional fuese tentada á hacer mas investigaciones? El filósofo mas decidido ¿veria en ella otra cosa que un rasgo de mofa ó de locura? ¿Y qué, la tradición de todo un pueblo, de una nación entera tiene menos peso que la de una familia? ¿Los monumentos públicos de una sociedad, los títulos de su origen, de sus leyes, de sus creencias, tienen menos autoridad que los títulos domésticos de un solo individuo? Un hombre podrá venir, sin trastornar todo el orden de las cosas humanas, y sin ofender el sentido comun y general, á oponer simples conjeturas posibles vagas, que ha concebido allá en su interior,

podido confundir muchas letras semejantes, el Texto es enteramente conforme al Texto Hebr. o. La Version de los Setenta, hecha cerca de tres siglos antes de Jesucristo, tampoco ofrece variación alguna importante en lo sustancial de la historia, ni de la doctrina. Por lo demás, pueden verse en el docto Huet muchas pruebas de la autenticidad de los Libros de Moisés, sacadas de los autores profanos. *Demonstr. Evang. Pr. iv, c. 2. V. Feller, Catec. n. 249, 258, 291.*

al testimonio fòrmal, constante, uniforme de una nación que atestigua hechos que la conciernen, y que ella no ha podido ignorar? ¿Qué habrá ni se tendrá ya por cierto, si se desecha este testimonio?

¿Cómo! no se daría siquiera oídos, no se escucharía á quien quisiese poner en disputa á Herodoto su Historia, sus Tragedias á Sofocles, á Ciceron sus Arengas, ¿y se tendrá derecho para disputar al Legislador de los Hebreos el Libro en que ha consignado las leyes invariables que han regido perpetuamente su nación? Libro sagrado á los ojos de esta nación, que para preservarle de las alteraciones mas pequeñas, no cesó de emplear precauciones tan multiplicadas, casi diré, tan minuciosas, que no hay ejemplo que pueda comparársele¹. ¿Se tendría derecho para disputar á los Apóstoles y á sus discípulos las obras que todos los cristianos les atribuyen, y siempre les han atribuido? ¿Se tendría derecho de negar lo que ellos unánimemente afirman; derecho de decirles: no conocéis ni el origen de vuestra Religión, ni su historia, ni el mismo á quien adorais?

En verdad, admiro la confianza de ciertos hombres, quienes despues de una tan larga y tan pacífica posesión se presentan solos para contestar á dos grandes Pueblos sus actas públicas; y quieren que su aserción prevalezca sobre el testimonio de tantos siglos. Pero si este testimonio no basta para producir la certeza; si lo que han atestiguado de generación en generación millones de hombres ilustrados y sinceros puede ponerse en duda; ¿qué será del testimonio aislado de algunos particulares? ¿y sobre qué fundamento se les creará, si se niegan á creer un testimonio de una autoridad incomparablemente mayor? ¿No se advierte que atacándolo así, se destruye toda certeza, toda creencia, toda razón; que ya no se podrá admitir

¹ Véase á Fabricy, *títulos primitivos de la revelación*, ó consideraciones críticas sobre la pureza é integridad del texto original de los Libros Santos del Antiguo Testamento. Roma, 1772. — « Los escritos que hacian los Profetas andaban entre las manos de todo el pueblo, y se conservaban cuidadosamente para perpetua memoria á los siglos futuros *Exod. xvii, 14.* » Bossuet. *Hist. univ. 2. part. c. 5. p. 225*, edit. de *Versailles*.



cosa alguna por verdadera, ni desechar como falsa, pues que no hay mas que pruebas posibles para todo; en una palabra, que se establece el excepticismo absoluto? *Quitad esta fe*, decia Aristóteles hablando del consentimiento comun: *no direis cosa que sea mas creible*¹.

Reconocida que es la *autenticidad* de la Escritura², no se puede formar duda racional sobre la *verdad* de los hechos que en ella se contienen. Casi todos estos hechos, y principalmente los mas maravillosos, son públicos; han pasado á la vista de una multitud de hombres, á quienes no se ha podido engañar, y que no han podido querer engañarse ellos mismos. Componen una historia, cuyas partes todas se enlazan entre sí, se suponen mutuamente y es imposible desquiciar sin trastornar todas las demás historias. En fin, bajo cualquier punto de vista que se los mire, ofrecen caracteres de verdad tan claros y manifiestos, los rodean tantas pruebas de toda especie, están apoyados sobre tantos y tan diversos testimonios, que apenas se concibe como hay quien pueda resistir á tan numerosos motivos de creencia.

Consideremos en primer lugar el *Antiguo Testamento*. Comienza refiriendo la historia de la Creacion. Dios llama al Universo; este sale de la nada; su Autor dispone sucesivamente todas las partes, y establece en él ese hermoso orden que admiramos³. Dice: *sea la luz*, y la

¹ Quod omnibus ita videtur, id ita esse dicimus; qui verò hanc fidem velit tollere, nihilo ipse credibiliora dicet. *Arist. Ethic. Nicomach.* lib. 10, c. 2.

² Newton, que habia hecho un estudio particular de los Libros santos, decia al D. Smith, Jefe del colegio de la Trinidad: « Encuentro mas señales ciertas de autenticidad en la Biblia, que en ninguna historia profana, sea la que se quiera. » *Watson, an Apology for christianity, in a series of letters addressed to Ed. Gibbon*, p. 62.

³ Dios mismo declara que lo que ha hecho es bueno; *et vidit quod esset bonum*. No sin motivo se repite esta expresion siete veces en el primer capítulo del Génesis. Inculcando que Dios nada ha hecho que no sea bueno, Moisés, ó mas bien el Espíritu Santo que le inspiraba, celebra la sabiduria del Criador, igualmente que su poder, y destruye el sistema de los *dos Principios*, fundado en la tradición de la rebelion de los ángeles, que algunos filósofos habian desfigurado. Este sistema, antiguo en el Oriente, y renovado por

*lux es*⁴. El hombre es formado de un poco de lodo; *el soplo de vida* le anima, y viene á ser imágen de Dios, que criándole á su semejanza, quiso hacerle digno de entrar en sociedad con él: magnífica prerogativa, que le aproxima á los puros espíritus, y anuncia sus grandes destinos. Toma posesion de la tierra, dando á cada viviente su nombre⁵; y por la palabra ejerce primeramente su poder, y se da á conocer como Soberano. Sin embargo, no era bueno que *el hombre estuviese solo*. *Hagámosle*, dice el Señor, *una ayuda semejante á él*⁶. Entonces de la sustancia misma de Adán forma la mujer; se la da por compañera⁷, y en adelante *serán ya dos en una carne*⁸: : expresion que nos muestra en la unidad de la primera familia la unidad del género humano.

Coloca Dios estas dichosas y felices criaturas en un lugar amenísimo, que la Escritura llama *Paraíso de delicias*⁹. La naturaleza les estaba sumisa; pero con tal que ellos lo estuviesen á su Autor. A no estar privados de toda especie de relaciones con los otros seres, no podian ser independientes. Para entrar en la sociedad de que debian ser miembros, en la sociedad de las inteligencias, de que Dios es el Rey, era necesario que conociesen un orden moral, leyes y deberes: para merecer era necesario que obedeciesen libremente. En esto consiste la perfeccion de las criaturas racionales; y pues que

Manés, que le mezcló nuevos delirios, no se ha extendido sino porque el hombre culpable, viendo males en el Universo, creyó que el Universo mismo era malo, y por consiguiente obra de un mal principio. Si Rousseau hubiese dicho. « Todo era bueno al salir de la mano del autor de las cosas, » hubiera hablado como Moisés, y no habria negado la caída del hombre, que es la que desordenó la armonía de la creacion.

¹ *Dixitque Deus: Fiat lux, et facta est lux.* *Gen.* 1, 3. El Hebreo es mas conciso aun: *Sit lux, et fuit lux*. Segun la relacion del Génesis, los cuerpos celestes no fueron criados sino despues de la luz. Esto es, á lo que nos parece, una prueba muy fuerte de que esta relacion no es una invencion de Moisés. Acostumbrado, como todos los hombres, á mirar al sol como el principio y foco de la luz, no hubiera pensado jamás en separar estas dos cosas, si hubiese escrito únicamente segun sus propias ideas.

² *Gen.* 11, 19, 20. — ³ *Gen.* 11, 18. — ⁴ *Gen.* 11, 18. — ⁵ *Ibid.* 21, 22. — ⁶ *Et erunt duo in carne una.* *Ibid.* 24. — ⁷ *Ibid.* 15.